

Texcoco

auf der Ebene draussen brüten
die Industrien, ihre Fabriken im Wind
ein verspätetes Pfingstwunder, hervor-
geträumt ihr Rohre und Schlote
aus russgetränkten Nächten. das Blinken
da vorn ist kein Morsezeichen, kein Hilfe-
ruf, nur das bewusstlose Zucken
von Neonröhren, passend zur Kalligraphie
der Tieflader, Fernlaster, Tankwagen,
die vorrücken gegen die Stadt –

Aufmarsch

eisenbeschlagener Schatten. in ihre Fahnen
aus Feuer und Rauch hülln sie
die Hütten, Häuser, Paläste. was bleibt,
ist die Klinge als Mass aller Dinge,
der Schriftzug im Brustkorb. Obsidian
ist die Nacht, erhellt nur vom
Widerschein zuckender Körper. was blieb:
ein Echo aus Stein, Architektur der
Verwundung, brütend im Staub

Texcoco

afuera en el llano, las industrias
incuban, sus fábricas al viento
un tardío milagro de Pentecostés, sus hornos y chimeneas extra-
ídas del sueño desde noches
impregnadas de hollín. el centelleo
a la distancia no es un signo Morse ni un llamado
de auxilio: sólo la palpitación inconsciente
de los rótulos de neón, propios a la caligrafía
de los camiones de carga, tráilers y cisternas
que avanzan sobre la ciudad –

marcha

de sombras acorazadas en hierro. en sus banderas
de fuego y humo envuelven
pocilgas, casas, palacios. lo que queda
es el acero como medida de todas las cosas,
la grafía sobre el tórax. obsidiana
es la noche, iluminada sólo por
el reflejo de cuerpos palpitantes. lo que quedó:
un eco de piedra, arquitectura
de la herida, calcinándose en el polvo